

El Hijo del Hombre y el señorito

Si, señorito mío; aun me queda mucho que decirle a propósito de eso del Cristo Rey. Y ante todo recordarle, si es que los sabe, detalles de aquella divina escena de tan íntima ternura evangélica. Siguió a Jesús allende el mar—lago—de Galilea, de Tiberiades, mucha turba—uno de ustedes, señorito mío, le llamaría chusma—que sintió hambre y el Hijo del Hombre se aprestó a satisfacerla. Y les mandó sentarse. "Pues había mucha yerba en el lugar", dice el sagrado texto; yerba, alfombra del campo libre bajo el cielo, tapiz del pobre. Y después que su hermano, el Hijo del Hombre, les satisfizo las ganas, conociendo él que iban a arrebatarle para hacerle rey, "se retiró de nuevo al monte, él solo". (Juan, VI, 1-16). Se retiró o se recogió; el texto emplea el verbo griego de donde deriva la voz "anacoreta". Jesús volvió, él solo—"monos", como un monje, esto es, un solitario—al monte, su monasterio. Así se retiró, recoleto; así huyó de la turba, de la plebe, de los hombres humildes y confiados que querían rendirle vasallos, sumisos, fieles. Y ¿cree usted que habría hecho lo mismo si en vez de plebeyos de turba, de chusma, hubieran sido señoritos más o menos aristócratas que se le ofrecieran cortesanos, palaciegos? No, que entonces los habría echado a latigazos como echó del templo a los mercaderes. Pero los señoritos de entonces ni le seguían a campo traviesa ni se sentaban sobre la yerba a orillas del lago. Y fué la chusma azuzada por los señoritos la que luego aulló que no tenían más rey que el César.



¿Cristo Rey! ¿Cristo Rey ustedes, los cortesanos, los palaciegos, los aristócratas? Sí, sí; andan ustedes despotricando contra la escuela única y laica, sin saber bien lo que ello sea y quiera decir, contra la enseñanza de Estado; pero ¿por qué no hicieron ustedes o sostuvieron la Iglesia única y laica también, esto es, popular? ¿Es que puede quejarse de lo que viene esa corrompida aristocracia, esa nobleza titular española a la que usted, señorito mío, pertenece, y que jamás comulgó con la plebe, con los plebeyos, con los que se recuestan para comer sobre la yerba del campo libre, que jamás participó de verdad en la vida parroquial, popular, laica? ¿Es que pueden escandalizarse de antemano por la suerte que se le reserva al clero secular, parroquial, popular, laico, los que entre su servidumbre tienen un capellán para su oratorio privado, para su capillita doméstica, o un curita que haga de ayo, de pedagogo de sus hijos? ¿Esos que, como decía un ingenioso artista bilbaíno, quisieran que se les diese a comulgar con hostias de canto dorado? ¿Es que esas damas de Estropajosa, malhechoras del bien, que se gastaban su director espiritual al servicio de sus casos de conciencia, dejando para la plebe que se recuesta a comer su comuña y su pescado sobre la yerba del campo, al pobre cura de misa y olla—olla podrida de pobre—, tienen ahora derecho a pedir al Cristo, engañándole, que como rey les admita de azafata en su Corte? La aristocracia española ha traicionado a la patria y a la iglesia españolas; a la patria nacional, popular, laica y a la iglesia también nacional, popular, laica.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

(85)

Esa nobleza titular a la que usted, señorito mío, pertenece empezó abandonando el campo donde sudaban y se gastaban, rezando para consolarse, los pobres renteros que con sus rentas les procuraban los tapices en que pisar en sus palacios de la corte; muchos de esos titulados nobles ni siquiera conocían las tierras que les alimentaban. Supongo que usted sabe lo que son pueblos de señorío. Y ¿es esa nobleza cortesana y los que se le arriman, los que pretenden, al proclamar de boquilla rey al Cristo, traernos otro?

Si, ya sé que un rey dinástico, un cesarillo al uso de ustedes, en uno de los días de la litúrgica Semana Santa de Pasión, lavaría los pies—ya bien lavados antes—de unos cuantos pobres de solemnidad, escogidos y ataviados para la solemne fiesta; pero eso, ¿cree usted que sería cristiano?

Usted fué educado en un colegio de jesuitas, donde en el lugar del crucifijo, del Santo Cristo, a la cabecera de cuya cruz está—I. N. R. I.—su proclamación de rey por Pilatos, estaría—A. M. D. G.—esa exótica imagen del Sagrado Corazón, con uno de pega, desentrañado, fuera de las entrañas del Cristo, prendido como una decoración cortesana sobre la túnica azul. Y acaso aquellas palabras de la "revelación" al P. Hoyos, S. J.: "Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes." Y es este, el del corazón de pega, el rey que piden ustedes que reine; no es el Santo Cristo nacional, popular, laico—"no ha habido rey que lo sepa ser sino él sólo", dijo Quevedo—, sino el cortesano, el palaciego, el capellanesco, el jesuítico. Le digo, pues, y le repito que el evangélico, el galileo de las orillas del lago de Tiberiades, no se retiraría de ustedes, solo, al monte, sino que les arrojaría a latigazos. Y puede que les llamara "lechigada de víboras" como les llamó a los fariseos.

Y sobre todo lo que subleva a toda conciencia cristiana popular es que alcahueten ustedes con el santo nombre de Cristo tomándole de broquel para otros propósitos nada cristianos. Pónganse un escapulario con el "¡detente, bala!"; pero échense al monte sin tapujos. No al monte, claro está, a que se retiró, solo, el Cristo para que no le hiciesen rey. No era su hora todavía.



["El Sol": Madrid, 15 noviembre 1931]



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.ÚSAL.ES